

MIGRACIONES, INTERCULTURALIDAD Y
DESPERDICIOS HUMANOS

Alejandro Grimson

ALEJANDRO GRIMSON

Doctor en Antropología por la Universidad de Brasilia. Es Profesor Titular de la Universidad Nacional de San Martín (Unsam) e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina. Entre sus numerosas publicaciones destaca su libro *Los límites de la cultura* (Siglo XXI, Buenos Aires, 2011), que obtuvo el Premio al Mejor Libro Iberoamericano otorgado por la Asociación de Estudios Latinoamericanos (Lasa), en 2012.

MIGRACIONES, INTERCULTURALIDAD Y DESPERDICIOS HUMANOS

El mundo contemporáneo no puede comprenderse sin captar el cambio radical relacionado con la presencia cotidiana de alteridades sociales, culturales y políticas. Otredades lingüísticas y religiosas. Alteridades que no comprendemos y que por ello mismo devienen en un significante sobre el cual se disputa. Esas otredades muchas veces se consideran migraciones, incluso cuando no lo son. Y a las migraciones se las considera como un fenómeno de desplazamiento de la periferia hacia el centro, cuando no siempre lo es. ¿Cómo convivir en un mundo global y desigual, con cosmopolitismos múltiples y en tensión, si no entendemos los distintos puntos de vista que están en juego? Este trabajo es un aporte para tratar de comprender la interculturalidad como un desafío que nuestras sociedades, sus ideales de justicia y de democracia, tienen en este momento.

La globalización realmente existente dio creciente libertad a los flujos del capital financiero y al comercio internacional. Puso barreras crecientes a los desplazamientos de personas. Nunca se globalizaban los derechos. Cuando unas fronteras se debilitaban, otras se fortalecían. Inmensas, provocan el hundimiento de barcasas o balsas, o la deshidratación en las rutas del desierto.

Este artículo busca mostrar cómo se fabrican alteridades en el mundo global a partir de experiencias migratorias dentro de América Latina, para lo cual se analizarán ejemplos concretos de los procesos migratorios en la región. Al considerar “el caso” de las migraciones internas entre países latinoamericanos, seguimos a Clifford Geertz cuando explicaba que estudiar “en aldeas” no significa estudiar aldeas: en espacios concretos nos hacemos preguntas y construimos hipótesis globales. Por ello, después establecemos algunas comparaciones con las racializaciones y extranjerizaciones en Europa y Estados Unidos, para proponer una interpretación acerca de los procesos que coadyuvan al crecimiento de la discriminación, el odio y la violencia. Para ello resulta necesario señalar cambios históricos globales y regionales, sin los cuales la tendencia a la creciente incomprensión permanece en un territorio de condena moral. Para esa condena no es necesario estudiar los procesos de alterización. Pero para revertir sus amenazas necesitamos captar sus marcos culturales y sus sentidos prácticos. Las interseccionalidades entre racismo, sexismo y clasismo están omnipresentes, aunque en cada mundo específico se presenten y sean contestadas de modos divergentes.

Al mismo tiempo, hay vidas humanas, desplazamientos y figuras de la alteridad que prácticamente no tienen cabida en los debates globales hegemónicos sobre

migraciones. Si bien los desplazamientos desde el norte hacia el sur tienen escaso peso demográfico, tuvieron en otros momentos históricos un peso mucho mayor al de las migraciones desde el sur en la actualidad. Historizar esa relación y pensarla actualmente parece situarse más allá de la frontera.

Por otra parte, son relevantes las migraciones sur-sur. Ciertamente, desde un punto de vista metropolitano puede aparecer como una cuestión “de los otros”, ajena. Solo que en ese caso reclamamos que se cancele la clásica pretensión de universalidad. Porque el límite de esta última no sería “lo humano” en su multiplicidad, sino aquello que toca al centro. O que el centro puede alcanzar a comprender como uno de sus efectos. No se trata de reclamar aquí un lugar para los procesos sur-sur, sino de comprender que ese límite necesita captarse en el proceso de provincializar Europa (Chakrabarty, 2008).

La geopolítica de los países del norte global gira, cada vez más agudamente, hacia una lógica de control militarizado que criminaliza las migraciones sur-norte y a los sujetos que las protagonizan. Así, aquellos grupos migrantes provenientes de los países del sur global se configuraron en los imaginarios del mundo desarrollado como “invasores indeseados”. Su marginalidad se produjo, paralelamente, como un fenómeno de representación identitaria a partir de las intersecciones de jerarquías y clasificaciones étnicas, religiosas, de género y nacionalidad hegemónicas en el norte global. Simultánea y contradictoriamente, esta mano de obra migrante se convirtió en una pieza fundamental en las grandes ciudades globales del neoliberalismo contemporáneo.

Estas políticas de estigmatización son apuntaladas por grandes falacias, entre las cuales se destacan que estamos en un “nueva época de las migraciones” y que estas suceden en una sola dirección, desde el sur hacia el norte. Este artículo mostrará que si debiéramos colocar una fecha para el inicio de las migraciones sería el surgimiento del ser humano. Y que las migraciones se producen en múltiples direcciones.

Según Naciones Unidas, en 2015 había aproximadamente 244 millones de migrantes internacionales. Evidentemente, se trata de una pequeña minoría respecto del total de la población mundial, aproximadamente un 3,3%. La inmensa mayoría de la gente no migra entre países. Los migrantes internos en los países son aproximadamente tres veces más que los internacionales. Sobre el total de migrantes internacionales, es posible dividirlos aproximadamente en tres tercios: los que migran del sur al norte, los que migran entre países del sur y los que migran entre países desarrollados (IMO, 2018). Aunque no tengan igual peso demográfico, también crecen los desplazamientos desde el norte hacia el sur, en particular en colectivos de la tercera edad.

Como señala De Genova, siempre está el riesgo de naturalizar las fronteras políticas. Los Estados-nación nos hacen catalogar los hechos humanos desde

un punto de vista particular (2017:6). Si no hubiera fronteras, le daríamos otras significaciones a los procesos de movilidad. El término “migración”, en su etimología en latín, alude al cambio de lugar de residencia, no a la extranjería ni a los derechos¹.

CRISIS MIGRATORIAS Y PROCESOS DE LARGO PLAZO

No tienen botas. Caminan en sandalias o en zapatillas. Muchos visten la misma ropa que tenían el día que salieron y que usarán durante semanas, quizás meses. Duermen en el piso. Arrancan a caminar de madrugada. Caminan ocho, nueve, diez horas por día. A veces más. Si logran ser levantados, un tramo lo harán en camión. Los residentes de los pueblos por los que pasan les brindan solidaridad: les dan comida y abrigo. Caminan hasta llegar a Guatemala para después cruzar a México. Algunos se quedarán allí. Otros seguirán rumbo a Estados Unidos. A otros no les quedará otro remedio que volver. La caravana migrante es, por definición, improvisada. No tiene un rumbo fijo. Lo único que se propone es salir de los diferentes países. Escapar de la violencia, de la pobreza o volver a reunirse con familiares que emigraron en un pasado. Muchas veces todas estas a la vez.

El 12 de octubre de 2018 un grupo de cientos de hondureños se reunió en San Pedro Sula –la segunda ciudad más grande del país y una de las más peligrosas del mundo según su tasa de homicidios– para marchar hacia el norte. Pronto eran miles, con guatemaltecos y salvadoreños que se acoplaron. El 22 de octubre la ONU dijo que eran 7.000 migrantes, la gran mayoría de Honduras. La prensa estimó un número entre los 3.500 y los 5.000. Bartolo Fuentes, uno de los referentes del movimiento migrante en Honduras, dijo que el tamaño de la caravana era similar al número de migraciones que se daría en 15 días. Lo importante, entonces, no es el número de personas que emigra sino la forma: la caravana. La hipervisibilidad que tiene la caravana protege a los migrantes de la inseguridad que enfrentan cuando viajan solos –muchos sufren represión y terminan desapareciendo, como denuncia la Caravana de Madres Centroamericanas, que sigue buscando a sus hijos migrantes. La caravana se convierte, entonces, en una respuesta a esa inseguridad y en una forma de protesta: se trata también de hacer visible la causa que los empuja a migrar

1. De Genova sostiene que si no hubiera fronteras políticas no habría migración, sino movilidad. Aquí sostenemos ese mismo argumento, pero utilizamos de un modo diferente los términos. Para nosotros, si no hubiera fronteras no habría migración internacional, sino migración a secas, como hubo siempre, ya que entendemos “migración” como sinónimo de “movilidad”. Y “migración internacional” como una categoría inventada por el Estado-nación.

como sea. Muchos migrantes la eligieron como una alternativa a los “coyotes”, a los que se les paga por transportar inmigrantes de forma ilegal.

La mitad de la caravana son mujeres y niños. Este dato no es menor. Por un lado, marca un cambio en el perfil del migrante que llega a la frontera: el número de adultos baja mientras las familias con niños son cada vez más (muchas de ellas encabezadas por madres solteras). Desde 2013 hasta hoy, el aumento es del 20%. Los que desean entrar a Estados Unidos, además, provienen cada vez más de Centroamérica —principalmente de Honduras, Guatemala y El Salvador— que de México. Por otro lado, el hecho de que sean cada vez más mujeres tiene que ver con una de las causas de la migración centroamericana: la violencia doméstica. Según el Observatorio de la Violencia de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, en el país que más migrantes aporta a la caravana muere una mujer cada 18 horas; el 90% de esos femicidios queda impune.

Es un proceso en plena transformación. Muchos de estos migrantes deciden quedarse en México y solicitan asilo en ese país. Las tensiones entre el presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, y el de Estados Unidos, Donald Trump, son constantes. Trump amenaza reiteradamente con cerrar la frontera con México o aumentar aranceles si este país no logra contener la caravana. A pesar del plan lanzado en 2014 por el presidente Peña Nieto, llamado “Frontera segura”, que implicó un endurecimiento de su política migratoria y contó con apoyo económico de Estados Unidos, las migraciones no se detuvieron. México deportó casi un millón de inmigrantes en los últimos años, con denuncias por desapariciones. Posteriormente, anunció el plan “Estás en tu casa” para facilitar el estatus de refugiados a los miles de centroamericanos que huyen de sus países. El plan imponía como condición, de todas formas, que los inmigrantes se queden en los estados sureños de Chiapas y Oaxaca, bien lejos de Estados Unidos.

Trump amenazó también con recortar el apoyo económico a Centroamérica, el que debe ser aprobado por el Congreso y ya había sido recortado drásticamente el año anterior. Las probabilidades de que los migrantes ingresen a Estados Unidos son pocas. Lo harán aquellos que puedan demostrar persecución en sus países de origen y cuya vida corre peligro. De todas formas, más de 3.000 kilómetros separan a Estados Unidos del inicio del recorrido.

La caravana desde Centroamérica combina una desigualdad estructural y un flujo de décadas, con una crisis. En contraste, la nueva emigración desde Venezuela ha revertido tendencias de muchos años. Los procesos migratorios dentro de América Latina obedecen a procesos históricos, de larga duración, tanto como a la irrupción de situaciones específicas. Por ejemplo, durante décadas hubo migraciones desde Colombia hacia Venezuela, desde diferentes países del Cono Sur hacia Argentina, desde Nicaragua hacia Costa Rica, desde República

Dominicana hacia Puerto Rico, y así, sucesivamente. En las últimas décadas, en el extremo sur, Chile se convirtió en un país de atracción de inmigrantes regionales, mientras que los paraguayos y bolivianos comenzaron a migrar también hacia Brasil.

Se calcula que más de tres millones y medio de venezolanos han emigrado en los últimos años de su país. El 90% de sus países de destino fueron latinoamericanos. Además de las rutas aéreas, se han utilizado rutas marítimas en dirección al Caribe y rutas terrestres no solo hacia Colombia y Brasil, sino hacia otros países de América del Sur. Los datos disponibles informan de más de medio millón de permisos de residencia a venezolanos (temporales y permanentes), lo cual claramente muestra que posiblemente se agravará la situación legal. Según Acnur, en todos los países los migrantes han sufrido ataques xenófobos, siendo Brasil, Colombia y Perú los países que más brotes registran. El clima de hostilidad creciente, con varios incidentes de violencia, ha empujado a algunos venezolanos a regresar.

Colombia es el país que más inmigrantes recibió (más de un millón, muchos de ellos colombianos nacionalizados venezolanos que regresaron y muchos otros que solo se quedaron un tiempo limitado). El censo venezolano en 2011 registraba alrededor de 720.000 colombianos viviendo en el país, aunque existen cálculos que afirman que hay el doble y hasta varios millones de colombianos en Venezuela. Para mediados de 2018, más de 300.000 de esos colombianos regresaron a su país de origen, que equivale al 30% de los inmigrantes provenientes de Venezuela.

Colombia se consolida como país de tránsito, aunque alberga a casi un millón de inmigrantes de forma permanente. La mayoría son jóvenes, educados y solteros. La mitad se distribuye en estados fronterizos y la otra mitad en el resto del país. Aunque se implementó un Permiso Especial de Permanencia, ha habido ataques físicos, como el ocurrido en enero en Cúcuta con bombas molotov. La Acnur ha alertado sobre los crecientes niveles de xenofobia que proliferan en redes sociales. Se denomina a los inmigrantes con el término “veneco”. Cabe mencionar que Colombia es a la vez el segundo país latinoamericano con mayores migraciones hacia EE.UU. detrás de México (Migration Policy Institute, 2015).

Brasil es el país donde se registraron los ataques más violentos a los inmigrantes venezolanos. Un campamento de inmigrantes en Pacaraima, el principal puerto de acceso desde Venezuela, fue incendiado por residentes brasileños. 1.200 venezolanos fueron obligados a regresar y el entonces presidente, Michel Temer, envió militares a contener la situación. Doscientos venezolanos fueron echados de un albergue y se les prendió fuego a sus pertenencias. Otros incidentes del mismo tono se repitieron en la frontera. El discurso anti migratorio fue parte de la campaña presidencial.

MIGRACIONES EN EL CONO SUR: CONFIGURACIONES E IDENTIDADES

En cada sociedad, en cada configuración cultural, hay dispositivos y juegos de alteridad (Grimson, 2011 y 2017)². Cuando los migrantes se trasladan en el espacio se encuentran con distintas formaciones étnicas y raciales, con distintas concepciones de la extranjería, de la nacionalidad, de la ciudadanía y de la no ciudadanía. En el caso argentino, atravesado por el europeísmo de su identidad nacional, los migrantes bolivianos suelen ser interpelados como extranjeros en primer lugar por sus marcaciones étnico-raciales. Todavía en la actualidad pueden verse con gran potencia política discursos en los medios de comunicación que aluden a poblaciones originarias, como los mapuche, como “extranjeros invasores”. En el imaginario hegemónico de pertenencia no hay lugar para las poblaciones racializadas. Por eso, en el contexto del *jus solis*, los hijos argentinos de los inmigrantes son considerados bolivianos y tratados despectivamente como “otros”. Un viaje migratorio es un desplazamiento por diferentes juegos de alteridad. Una mujer, un hombre, una familia que deja atrás su *ayllu*, su comunidad en los Andes bolivianos, seguramente tendrá como primer destino algunas de las ciudades de su propio país: La Paz, El Alto, Cochabamba, Santa Cruz. Hace más de un siglo algunos continúan rumbo al norte argentino. Y hace unas décadas, crecientemente, no solo hacia Buenos Aires o Córdoba, sino a producir verdura, trabajar en el mercado o la construcción de cualquier ciudad intermedia del país. Así, sea en los balnearios de la costa atlántica o en ciudades patagónicas de producción petrolera, hay una comunidad boliviana asentada. También rumbo a San Pablo, en Brasil, donde al igual que en Buenos Aires han desarrollado la producción textil o de las confecciones. Chile, que comparte la triple frontera con Perú y Bolivia, donde siempre ha habido una intensa movilidad (ver Guizardi y Garcés), también se ha ido convirtiendo en un polo de atracción para inmigrantes que llegan hasta Santiago y más allá.

En cada lugar, las sociedades ya establecidas interpelan al recién llegado de maneras distintas. Las clasificaciones del *ayllu* se trastocan en el primer destino urbano de Bolivia, donde se torna presente en la ciudad la multiplicidad de pertenencias,

2. La historia de las migraciones implica que la heterogeneidad y la interculturalidad son constitutivas de las sociedades. De un lado y del otro de una frontera hay marcos distintos de articulación de heterogeneidades culturales. Una frontera divide configuraciones culturales, espacios sociales en los cuales la heterogeneidad y desigualdad son organizadas en una forma de vida, juegos de lenguajes y juegos de alteridad. En cada una se han generado tramas y jerarquías de las multiplicidades que los constituyen. A veces, como en el caso de muchos migrantes, denegando de hecho y de derecho su carácter constitutivo.

de formas de vestir y de lenguas. Los juegos de alteridad son diferentes en cada etapa del camino. Un rostro aymara no tiene un significado idéntico en el norte de Chile, en Perú, en el norte argentino, en Buenos Aires, San Pablo, España o Estados Unidos: la nación aymara, los indígenas aymara, los indios, negros, “los más negros entre los negros” (Silba y Vila, 2017), bolivianos, bolitas, hispanos o sudacas son formas muy distintas de interpelación, no solamente en términos de valoración, sino también respecto de su significado y su historia (Gavazzo, 2014; Caggiano, 2017; Guizardi, 2015a y b; Grimson y Jelin, 2006).

Ahora, si se trata de un recién llegado, hay una constante: siempre le es denegada su historia. Y su propia historia es una condición para la inteligibilidad de su situación, la preservación y expansión de sus redes, sus afectos, sus valoraciones específicas de las nuevas realidades laborales y residenciales. Un migrante, como cualquier ser humano, solo puede interpretar una situación a partir de su historia cultural, de su lengua, de sus identidades previas, de sus ilusiones y temores. Aunque habrá quienes se apiaden ante la híper explotación y habrá quienes los acusen de aceptar salarios más bajos, esos migrantes comparan la situación con sus vivencias previas. Y la desigualdad en el mundo es tan notable que lo que parece esclavitud para algunos puede parecer un camino a la liberación para otros.

¿Acaso significa que debemos relativizar el concepto de “explotación”? Al incorporar otros puntos de vista hay quienes pretenden negar la explotación o disminuir su gravedad. Incorporar otros puntos de vista, donde aquello que consideramos explotación es vivido por el protagonista como prosperidad, debería resultar crucial para comprender por qué mientras haya un muro que torne inconmensurables los puntos de vista será difícil socavar el poder de esas desigualdades.

Conocemos sociedades plurinacionales, multiculturales, interculturales, integracionistas o con fuertes tendencias xenófobas. Sin embargo, una misma sociedad puede ir atravesando, en su propia historia, diferentes modelos. Así, sociedades que podían promover la inmigración europea y al mismo tiempo intentar exterminar a las poblaciones indígenas, en otro momento histórico pueden encontrar en crisis el relato nacional tradicional.

Este procedimiento de extranjerización de argentinos racializados llega a bolivianizar a los inmigrantes internos del noroeste y en algunas ocasiones a los pobres en general. Ese fenómeno creció vertiginosamente en los años 90, cuando el desempleo se ubicó por encima del 15% y llegó al 23%. Las ideas de que los inmigrantes “vienen a robar trabajo” son conocidas en diferentes sociedades. En el caso argentino, creció en momentos de incremento exponencial del desempleo generado por políticas neoliberales. Y en periodos de expansión y creación de

empleo, se mantuvo en latencia, como un racismo social no oficial, a la espera de resurgir ante cada crisis. Así lo ha hecho.

Otra peculiaridad del caso argentino es el uso social del término “negro”. Si bien los afrodescendientes son pocos, el término “negro” o “negro de alma” es utilizado en Argentina para aludir a los pobres, a los habitantes de las villas miseria, a los miembros de sindicatos, a los asistentes a una protesta callejera, a los hinchas de fútbol de Boca Juniors y a los peronistas. Así, raza, clase y ciudadanía aparecen anudados de un modo histórico que establece inclusiones y exclusiones, jerarquías y subalternidades.

Estas interpelaciones funcionan de modos muy diferentes en otros destinos para los migrantes bolivianos, como ocurre en regiones de Brasil, España o de Estados Unidos. Los estudios sobre los bolivianos en San Pablo desmienten (otra vez) el mito de la “democracia racial” en Brasil y muestran la existencia de formas de discriminación vinculadas a cuestiones étnico-raciales (Silva, 2005). Por otra parte, retoman con fuerza la cuestión del “trabajo esclavo”, sus condiciones y complejidades (Miranda, 2017).

Estos fenómenos son muy contrastantes con el fenómeno de los llamados “brasiguayos”, agricultores nacidos en Brasil y que en el proceso de búsqueda de tierras se asentaron en Paraguay. La cuestión de la falta de tierras cultivables en Brasil lleva décadas y ha dado origen al famoso Movimiento Sem Terra (MST). La palabra “brasiguayo” se popularizó desde que, a mediados de los años 80, quienes habían migrado a Paraguay o sus hijos sin acceso a tierras retornaron a Brasil y organizaron un campamento del MST. La palabra engaña a quienes buscan en las fronteras solo fenómenos de mezclas e hibridaciones. “Brasiguayo” alude más bien a una doble exclusión, tanto en el país de origen como en el de destino.

Se trata de características de diferentes corrientes migratorias. Generalmente, los bolivianos se caracterizan por la inserción masiva en trabajos como los talleres de costura, la agricultura intensiva y la venta callejera, con un rol muy destacado de la familia como núcleo de organización y de las relaciones de compadrazgo en las formas de inserción.

A su vez, en sus diferentes destinos, la migración boliviana es bastante pareja en términos de sexo-género, a diferencia de las migraciones peruanas o paraguayas con índices más elevados de mujeres migrantes. Esto tiene notorias implicancias, por ejemplo, en la relevancia del empleo doméstico en estos últimos casos, así como de la maternidad a distancia, transnacional, que se observa en mucho menor grado en la migración boliviana (Cerrutti, 2017). También, como migración de trabajadores, contrasta con la importante emigración de estudiantes universitarios colombianos hacia países del sur. O la nueva emigración de venezolanos, quienes llegan a los países del Cono Sur con credenciales educativas, pero que es mucho más transversal a sectores populares en las zonas de frontera.

Esto último es un hecho recurrente en distintos países. Diferentes niveles socioeconómicos de migrantes alcanzan distancias territoriales mayores o menores. Pero también inciden los procesos de inserción laboral y posible ascenso económico en los lugares de destino. En ese sentido, para calcular las posibles distancias de traslado de los migrantes no alcanza con el nivel socioeconómico previo a la migración, sino que es imprescindible considerar sus redes familiares y de amistad en los potenciales lugares de destino.

En diferentes regiones y países ha habido procesos relativamente exitosos de inserción de los migrantes en términos de ascenso económico (ver, por ejemplo, Benencia y Canevaro, 2016, para el caso del Mercado de La Salada en Argentina). A veces este se vincula con la ocupación de nichos ocupacionales de modo exitoso. En cualquier caso, el ascenso económico en términos de poder adquisitivo no debe confundirse con el ascenso en términos de estatus o prestigio. En muchos casos, una clara mejoría de las condiciones de vida, de los ingresos, la vivienda y el acceso a educación y salud contrasta con la persistencia de miradas discriminatorias y racializadas que colocan una frontera simbólica allí donde la desigualdad económica ya no habla por sí sola. Esta última puede observarse en las relaciones de amistad, en los “mercados sexuales” y en los “mercados matrimoniales”. Esa contradicción entre ascenso económico y subalternización de estatus muchas veces es la base sobre la cual se despliegan inversiones culturales inmensas de estos grupos de migrantes, o movimientos culturales que reafirman positivamente su identidad. Por ejemplo, en festividades patronales, grupos de danza, radios, circuitos de música y toda una “industria cultural” étnica. Su objetivo, explícito o implícito, no es solo alentar un tipo de consumo, sino también modificar la valoración hegemónica y ser respetados, tanto por su trabajo como por su historia.

En otras oportunidades se construyen lazos políticos que se entretajan localmente y que generan ciudadanía parciales, grises, distantes del tipo ideal del ciudadano moderno y de la no ciudadanía radical. Cada una de estas múltiples situaciones reclama ser observada y analizada en su propia dinámica. Tanto por esos logros e incorporaciones parciales como por los límites que establece la formación local, regional o nacional acerca de las alteridades. En este último sentido, esos flujos migratorios en direcciones diversas, esos transnacionalismos y cosmopolitismos desde abajo no están exentos de la posibilidad y el riesgo de que una dinámica propia de los juegos de alteridad termine reponiendo con violencia simbólica la potencia del nacionalismo, el racismo y la xenofobia.

Sus consecuencias performativas en las vidas reales de las personas de carne y hueso incluyen desde la imposibilidad de legalizar situaciones que parecían encaminadas (como el caso de los *dreamers*, entre los cuales hay muchos latinoamericanos) y la creciente dificultad por acceder a trabajos decentes, hasta los

casos crecientes de deportación. En términos de la geografía planetaria, la migración es una respuesta a la desigualdad que, cuando esta violencia pasa a ser dominante, produce un refuerzo e incremento de las desigualdades. No solo en términos de ingreso, sino de derechos y de respeto.

Las cartografías muestran que los grupos migratorios no se disuelven cultural e identitariamente en las sociedades de destino. La ilusión integracionista y asimilacionista ha quedado atrás hace tiempo. Fue seguida de la ilusión multicultural, que se impuso de distintos modos en diferentes países. Tenía la ventaja política de procurar responder al carácter transnacional de las migraciones, al cultivo de redes, a las interconexiones constantes, a la vida personal o familiar en dos países, simultáneamente.

Sin embargo, los postulados multiculturales más clásicos tienden a considerar que los migrantes viajan con su “cultura a cuestas”, con un “equipaje cultural”, como si la cultura y la identidad fueran fenómenos fijos o esenciales. Cuando avanzamos en estas precisiones conceptuales, diferenciamos las dinámicas poblacionales, que pueden analizarse en términos demográficos, de los procesos simbólicos y subjetivos que siempre requieren investigar y comprender contextos específicos, relaciones de poder, vivencias y significaciones.

A la vez, eso nos lleva a proponer restringir el uso del concepto de diáspora, que se ha puesto bastante de moda en los últimos años. Si todos los desplazamientos territoriales son migraciones, no todas las migraciones son diaspóricas. Solo son diaspóricas las migraciones donde se mantienen vivas redes transnacionales y formas de identificación que, en ciertas coyunturas, permiten formas de solidaridad o de acción común. En otras palabras, la diáspora, como relaciones, redes e identidades, solo se aplica a algunos procesos migratorios. Esos casos diaspóricos tienen el interés especial de mostrar la inviabilidad cultural de toda la imaginación política antipluralista. Esta última es todo imaginario nacional o todo postulado normativo acerca de la homogeneidad cultural de las poblaciones, de las naciones, de las sociedades. La creciente visión de la inmigración como una amenaza a “nuestro estilo de vida” es un ejemplo central de ese antipluralismo³.

A fines del siglo XX parecía imponerse la idea de que cada uno vivía donde trabajaba, viajaba con alguna identidad “esencial” que llevaba como equipaje y convivía en función de las normas del país de destino. Pero esta versión del

3. Estos y otros aspectos son parte de las controversias que se presentan en relación a la perspectiva transnacional sobre los fenómenos migratorios. Algunas referencias al respecto se encuentran en Glick Schiller, 1992; Levit y Glick Schiller, 2004; Besserer, 2004; Feldman Bianco, 2009. Los procesos transnacionales son una dimensión constitutiva de todos esos contextos, esos mundos habitados son múltiples e interconectados a la vez.

multiculturalismo reveló un problema. Está basada en el supuesto de que puede haber convivencia sin conocimiento mutuo, interacción sin respeto, sociedad plural sin comprensión de las diferencias y de los diferentes. Y olvidó que cada geografía tiene su historia. Cuando las luchas culturales logran bloquear los discursos racistas, el problema se posterga, pero no se resuelve. Simplemente, puede haber “racismo sin racistas” (Bonilla, 2014) en el sentido de que existen corrientes jerarquizadoras y excluyentes muy profundas en la sociedad. Incluso si pocos se animan a decirlo. Incluso cuando pocos se animan a pensarlo. Pero la hegemonía multicultural se reveló compatible con el “racismo sin racistas”. Y en ese sentido, el pluralismo con incompreensión era una bomba de tiempo que iba a estallar. ¿Acaso es posible vivir juntos sin una comprensión acerca de la situación y las necesidades de “los otros”? El desconocimiento y la vigencia de estereotipos cultivan pequeños y grandes rencores y desconfianzas que en contextos de crisis pueden hacer prevalecer paranoias sociales y culturales.

De allí la idea de que muchos europeos o estadounidenses han reaccionado al aumento de la migración o “al surgimiento de una sociedad multicultural”, una sociedad para la que no estaban preparados, de la que nadie les había advertido y que a menudo “los molesta, los asusta o los desorienta” (ver Reynié 2017, ver IOM, 2018:71).

Si la tendencia xenófoba continúa *in crescendo* se disparan escenarios en los cuales puede prevalecer el odio y la violencia. El desafío es inmenso, porque si uno desea contribuir a desarmar esas tendencias debemos asumir la necesidad de comprender una multiplicidad de puntos de vista e historizarlos. El giro xenófobo en países del norte también se produce dentro de contextos históricos específicos.

CAMBIO GLOBAL

Veamos entonces los cambios del contexto histórico. A partir de la caída del Muro de Berlín surgió un gran relato que postulaba que se habían acabado los grandes relatos. Se anunció el fin de la Historia, nada menos. Y también otros “detalles” habían expirado: las ideologías, las naciones, los Estados, las fronteras. El listado era extenso y la afirmación, abrumadora: 1989 no abría una nueva etapa de la historia, sino que dividía el tiempo en dos: era una etapa histórica que se negaba a sí misma como tal, como una etapa más, con su inicio y su fin. En 1989 se abrió una etapa donde se impuso un consenso neoliberal tan amplio y sólido que no importaba qué partido se impusiera en las elecciones; las recetas económicas no planteaban alternativas reales.

A partir de la crisis de 2008 se aceleró una erosión de ese consenso neoliberal. Esa erosión se expresó en una creciente polarización política en Europa y en

Estados Unidos. Las expresiones de una radicalización hacia la izquierda (como Syriza, Podemos, la dirección de Jeremy Corbyn en el Partido Laborista británico y la candidatura de Bernie Sanders en Estados Unidos) fueron más limitadas y débiles. Al mismo tiempo, también avanzaba la radicalización por la derecha, con movimientos xenófobos, antiinmigrantes, nacionalistas. Esos procesos tuvieron en 2016 dos triunfos extraordinariamente relevantes: el Brexit y Donald Trump. Triunfaron en Italia, avanzaron en Alemania, Francia y otros países. E impactan retraducidos en América Latina.

El Brexit y Trump fueron disparos de gracia a la globalización tal como la conocimos. Podemos decir que estamos presenciando el fin de esas promesas del Nuevo Mundo. Ha llegado el final del “fin de la Historia”, del “fin de las naciones” y de las “fronteras”.

El gran relato de que íbamos rumbo a un mundo cada vez más integrado, con bloques regionales sólidos, donde los Estados nacionales irían desapareciendo, se ha tornado inverosímil. Ha quedado desacreditado. Las migraciones internacionales eran uno de los talones de Aquiles de ese Nuevo Mundo. Porque la libertad debía ser total para los flujos comerciales y financieros, pero no había libertad para la circulación de personas. Y menos aún de personas con derechos. La abolición de los controles migratorios para los ciudadanos europeos era simultánea de un fortalecimiento de sus fronteras con el resto del mundo.

Persistente a inicios del siglo, ese discurso se fue apagando en los últimos años. Ahora resulta un discurso directamente absurdo, sin sentido, desconectado por completo de los sucesos políticos. El mundo en el cual ese gran relato era audible ha dejado de existir.

Algunas sociedades centrales han elegido para que las gobiernen a dirigentes que prometen sacarlas de una excesiva integración, de un libre comercio supuestamente perjudicial, de una creciente desigualdad acompañada de discursos llamados “políticamente correctos”. En el modelo anterior, una inequidad inédita estaba acompañada de una supuesta tolerancia donde todos deberíamos ser iguales. Si vibraba un cosmopolitismo con muros, bombardeos, terrorismo y racismo, ¿por qué no probar sin el cosmopolitismo?

Las promesas del Nuevo Mundo no se han cumplido. Los beneficiarios de la globalización son minoritarios. La desigualdad llegó a niveles exasperantes en estos 25 años del “fin de la Historia”. El crecimiento de la desigualdad nunca llegó a su fin. Evidentemente, se trata de una desigualdad que genera sensaciones múltiples y que resulta cautivante para amplios sectores. Los desencantados de la teoría del derrame también pueden querer ser gobernados por el dueño de la botella.

Quienes regaron ríos de tinta sobre el fin del Estado-nación deberían ir ahora a preguntarle al gobierno británico de qué se trata. El retiro del Estado en el mundo

neoliberal fue retiro de protección social, de políticas de bienestar. Nunca redujo los ejércitos, los aparatos represivos, los controles de frontera. El fin de los Estados era parte de un gran relato que alimentaba un neoliberalismo global⁴.

No es casual que uno de los focos críticos de esta erosión sea la migración y la xenofobia. Hay una inconsistencia constitutiva entre el incremento de la desigualdad y el reconocimiento de otros derechos ciudadanos. El fundamentalismo de la desigualdad requiere de procesos de descuidadización. La apelación a la no-ciudadanía es solo la avanzada de una arremetida mucho más amplia de expropiación de derechos que se está incrementando.

La utopía clasista, racista y sexista es que devengamos no-ciudadanos globalizados y cautivados. Así, el reclamo para que nos alineemos contra los inmigrantes es solo el primer paso para que adhiramos fervorosamente a una ofensiva contra nosotros mismos. ¿Por qué?

MIGRACIONES

Se dice que hoy vivimos “la época de las migraciones”. Sin embargo, la historia de la humanidad es la historia de la migración. Esto, siempre y cuando entendamos la migración como desplazamiento territorial, como movilidad de poblaciones. En ese sentido, todos los pueblos han migrado en algún momento de la historia. Y todos somos potenciales migrantes. Si los antepasados de la lectora o el lector de este texto jamás migraron, no son humanos. El *homo sapiens* nació en un único lugar de África. Ningún pueblo americano proviene de América. Ningún pueblo europeo proviene de Europa. Nadie estuvo sencillamente *siempre allí*. Es pura ciencia, puro dato arqueológico.

Migrar es desplazarse de un territorio a otro. Muy pocos lo hacen por curiosidad. O por amor. En el fondo, la inmensa mayoría de quienes se desplazan de un territorio a otro lo hacen por un mismo motivo: la desigualdad. Cuando se percibe o se conoce un abismo entre las propias condiciones de vida y otras cercanas en el espacio o cercanas por las redes sociales, la migración se incrementa. Mientras existan grandes desigualdades económicas y políticas entre distintas zonas del mundo, el desplazamiento territorial de población será imparable. Incluso

4. Es cierto que en América del Sur se vivió una situación política diferente a inicios del siglo XXI. La erosión del consenso neoliberal allí había sucedido antes, a inicios del siglo XXI. Su “giro a la izquierda” o su “ola rosa”. Sin embargo, Brasil y Argentina regresaron al neoliberalismo justo cuando el neoliberalismo se evaporaba como discurso único global. América del Sur, que fue una “excepción global”, regresó en gran parte a la “normalidad” justamente cuando esa normalidad dejó de existir.

porque los sectores más despreciados entre los ciudadanos del primer mundo no dejan de ser poseedores de ciudadanía y, por lo tanto, de ciertos derechos. Esa corriente se articula de modos complejos con aquellos que desean inmigrantes sumisos, dispuestos a trabajar y vivir en condiciones muy peculiares. Condiciones brutales para los supuestos estándares de las sociedades del primer mundo, pero que aparecen como oportunidad en los paisajes sociales de las condiciones de vida subalternizadas.

A veces se trata de pobreza y desigualdad económica. Otras veces es desigualdad por opresión política, por guerras o desastres naturales. En cualquier caso, la seguridad de la vida de las y los migrantes y la de sus familias se encuentra seriamente comprometida. Emprenden un camino triste, muchas veces desolador, por circunstancias que ellos mismos no han elegido. ¿Quién estaría dispuesto a permanecer inmóvil cuando su vida y la de los suyos corren peligro? ¿Quién está dispuesto a permanecer inmóvil mientras el mundo se le cae en la cabeza?

¿Acaso lo hicieron los españoles, italianos, alemanes, suizos, rusos o polacos a fines del siglo XIX? ¿Por qué deberían permanecer en “su lugar” los latinoamericanos o africanos? ¿Quién podría adjudicarse decidir cuál es el lugar de cada quién? Los postulados más habituales no solo pasan por alto la historia de la emigración europea, sino que hablan del mundo como si el colonialismo no hubiera existido, como si la abundancia, la escasez y el hambre no fueran un producto de las relaciones sociales y de la historia.

Salvar la propia vida impulsa a veces a los seres humanos a transformar sus horizontes. A llegar a zonas extrañas. A sentirse fuera de casa. A explorar, arriesgarse. El desamparo en casa nos hace procurar nuevo refugio. La desesperanza ante lo propio, lo conocido, lo habitual, abre una angustia. El rumor, el conocimiento, las noticias, o simplemente la ilusión de que haya una región más alejada de la tristeza y el sufrimiento, fabrican esperanzas.

¿Cuán antigua es la migración? El segundo libro del Pentateuco se titula Éxodo, que significa “salida”, del griego *éksodos*. ¿Por qué el término ya existía en griego? El Antiguo Testamento inscribe la narrativa en el sufrimiento, la desigualdad y la ilusión. No solo en la idea de la “tierra prometida”, también en otros desplazamientos. Ya en el Génesis, Dios genera la diversidad lingüística como castigo ante la supuesta ambición de Babel y desparrama a los seres humanos: “Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad”. Dios le indica a Abraham: “vete de tu tierra”. Y más adelante, cuando Abraham va a Egipto, es una migración clásica: “Y hubo hambre en la tierra, y descendió Abraham a Egipto para morar allí, porque era grande el hambre en la tierra”. Y en Éxodo, Moisés le dice a su pueblo: “Tened memoria de este día, en el cual habéis salido de Egipto, de la casa de servidumbre, pues Yahvé os ha sacado de aquí con mano fuerte”.

El hambre es bíblica. La migración es bíblica. Migrar tiene una mística. Y desde que se escribió Éxodo esa narrativa puede estar relacionada con la identidad.

Nada permanece incólume a la historia. Surgen las ciudades, los imperios, otro tipo de desplazamientos territoriales. Mucho tiempo después, más de 40 millones de europeos huyeron de la hambruna y de la represión política entre los años 1870 y 1930 hacia América. Eran más del 2% de la población mundial. Hoy las migraciones internacionales son el 3% de la población mundial. En aquellos años, casi el 10% de la población del continente se desplazó a América. En 1914, en la ciudad de Buenos Aires, el 80% de los trabajadores eran extranjeros de origen europeo.

Resulta extraño, por todo ello, escuchar que se hable del momento actual como la “época de las migraciones”. ¿Cuál periodo de la historia no habría tenido migraciones? No hay época del trabajo, del lenguaje, de la alimentación. Huir de la miseria, salvar la vida de los propios hijos, es humano. También salvar la vida de otro, de alguien desconocido, es humanitario. La inhumanidad es la propia negación de las migraciones.

Generalmente, se visibiliza la migración del sur al norte, o de oriente a occidente. Pero se ocultan no solo las emigraciones desde Europa, sino también los procesos migratorios de las diferentes regiones del mundo. Las migraciones dentro de África, dentro de América del Sur, entre Centroamérica y México.

MIGRACIÓN Y NACIONALISMO DESPUÉS DE LA GLOBALIZACIÓN

Muchos creyeron que las dinámicas de transnacionalización y de construcción de bloques regionales estaban llamadas a tornar menos intensas las identificaciones nacionales. Nuestras investigaciones mostraron hace quince años que podían, en ciertas condiciones, generar nuevas formas de nacionalismo (Grimson, 2000 y 2003). Una mirada no teleológica acerca de las dinámicas de las identificaciones nacionales se ha visto constatada por el resurgimiento estruendoso de las xenofobias. El mundo transnacional es más nacional que el anterior. La globalización realmente existente ha provocado nuevos nacionalismos (Appadurai, 1991 y 2008). Los migrantes sufren a la ultraderecha xenófoba cada vez en más países y con mayor intensidad. Son perseguidos, humillados y a veces atacados no solo con violencia verbal, sino física.

La desigualdad social o política que origina la migración se replica en muchos países de destino, con estatutos de derechos diferenciales (ver Stolcke, 1999). Los extranjeros y los sin papeles parecen homologados a la “población sobrante”. La gubernamentalidad de las migraciones puede generar maquinarias de ilegalización. Esto afecta a los migrantes latinoamericanos tanto en países del sur como del norte

(Domenech, 2013). Los migrantes pueden terminar siendo tratados como los desperdicios de la fiesta de la globalización.

No por eso los migrantes se oponen como bloque homogéneo a estas tendencias. Muchas veces se agrupan, construyen espacios comunitarios y rituales, envían remesas y colaboran solidariamente en sus propias redes. Sin embargo, hay que evitar una visión homogénea o idealizada de los sujetos subalternos. Los migrantes también intentan sobrevivir, progresar, procuran ser aceptados. Un sector de los migrantes vive un ascenso económico en la sociedad de destino y un cambio de estatus respecto de la sociedad de origen. Eso puede generar un cambio en los posicionamientos y acciones respecto de las migraciones, lo cual se ve agudizado en las zonas de frontera (ver Vila, 2004). Hay así algunos migrantes (no todos) que atraviesan la parábola del “ómnibus completo”. Mientras alguien espera y espera, los ómnibus no se detienen a recoger nuevos pasajeros y pasan de largo. Entonces hay un único deseo: que el ómnibus se detenga y suban nuevos pasajeros. Pero una vez arriba, el punto de vista cambia y el nuevo deseo es que el ómnibus no vuelva a detenerse hasta llegar a destino. Los migrantes no son el sujeto subalterno del mundo transnacional. Ese sujeto homogéneo no existe.

Otro ejemplo donde esto es más visible es en las cajas chinas de estigmatización. Los mexicanos son discriminados en Estados Unidos y los migrantes centroamericanos sufren en México. Los puertorriqueños sufren los estereotipos en Estados Unidos, mientras los dominicanos también los sufren en Puerto Rico y los haitianos en República Dominicana. El término colombiano llegó a ser brutalmente considerado como sinónimo de narcotraficante, pero tampoco los venezolanos u otros migrantes pobres que llegan a Colombia se encuentran exentos de estereotipos. Así, el propio talón de Aquiles de la potencia política de los migrantes es que cada racialización y cada estigma se presente como particular, cuando es la regla de la desigualdad global y de su eficacia.

Así, las naciones tienen una potencia inesperada para los relatos clásicos de la globalización. En cada una hay modos de catalogación de los inmigrantes. Hay extranjerías de baja y alta intensidad. Hay extranjeros que pasan desapercibidos y hay modos de marcación muy fuertes de la extranjería vinculados al acento, a la pronunciación, a la lengua, a la vestimenta, al color de piel y a los rasgos fenotípicos. Hace más de treinta años emergió el fundamentalismo cultural, un nuevo discurso, con la idea de que los inmigrantes “amenazan nuestro estilo de vida, nuestra cultura”. Esto fue señalado por Stolcke como “las nuevas retóricas de la exclusión”, que desde entonces no han hecho más que crecer.

La globalización tiene una faceta como máquina expropiadora de derechos, que alienta y ataca la migración en un movimiento de doble pinza. Tiene, en cada país central, una capa de no-ciudadanos, una capa de migrantes con los derechos

amputados, a los cuales estigmatiza como responsables de su condición. Hay una estigmatización global de los “sin papeles”, de los “sin documentos”, cuando la ilegalización es el producto de una máquina institucionalizada. Esa inmensa fábrica de ilegalidad contribuye a deshumanizar y a condenar moralmente a los inmigrantes. No se trata en los hechos de que efectivamente regresen a su país. Se trata de que acepten vivir sin acceso a servicios y derechos elementales. Sin elevar la voz. Habitantes del mundo sin ciudadanía.

Para captar esta complejidad necesitamos comprender que la incertidumbre no es exclusiva del migrante. También quienes residen en las zonas a las que llegan viven incertidumbre. Los contactos con los otros se multiplican, tanto en el territorio como de modo virtual. Crece un puro contacto sin conocimiento. O, mejor dicho, con desconocimiento. Son alteridades alteradas. Resultan del incremento de la incompreensión, de lo que es extraño. Es la cuna de la incertidumbre.

Y sobre la base de ese miedo, que en ciertas coyunturas puede devenir en pánico, la ciudadanía y la no ciudadanía constituyen una grieta por la cual se hunde cualquier idea de derechos humanos universales. Enterrado lo universal, los derechos humanos solo podrán reclamarse para quienes tienen papeles. “Ser papeles”, la declaración universal de los derechos de los documentados.

EL NUEVO ÉXODO

Está ampliamente demostrado que el planeta fue poblado no porque un día surgieron seres humanos simultáneamente en cien partes del globo, sino a través de procesos de desplazamiento que duraron decenas de miles de años. Si los seres humanos han sido durante su historia seres migratorios, ¿por qué habrían de dejar de serlo en la contemporaneidad? Esto exige ya otra precisión. Lo que obsesiona, preocupa y ocupa a los Estados nacionales y también a los investigadores en la globalización no son todos los tipos de desplazamientos, sino específicamente aquellos que se designan como migración internacional. La condición entonces para que haya migración internacional es que existan naciones que nombren de ese modo a los desplazamientos territoriales que crucen sus fronteras, sus zonas delimitantes del territorio, la soberanía y la comunidad política. Este fenómeno tiene escasos dos siglos en la historia humana.

Los desperdicios humanos de la fiesta de la globalización son condenados de la tierra, con condena a muerte en el mar Mediterráneo, el desierto de Arizona o en otras zonas liminales. Lo políticamente correcto y la supuesta universalidad de los derechos humanos tambaleaban ante su evidente falta de concreción.

La utopía de un mundo sin desigualdades, sin guerras, sin dictaduras, siempre tiene que ser reimaginada y reinventada. Hoy parece imposible. Sin embargo, puede

guiar nuestras acciones actuales para reducir al mínimo la violencia y la opresión política, así como mitigar las desigualdades entre oportunidades reales que tienen los niños, las mujeres y los hombres en nuestros mundos.

Si el 1% más rico de la población mundial recibió el 82% de la riqueza generada en 2017 (Oxfam, 2018), estamos asistiendo a niveles inéditos de desigualdad global. Cada ser humano debería preguntarse cómo actuaría si hubiera nacido en las zonas más pobres del planeta, si tuviera riesgo de morir bajo una bomba, si pudiera ser asesinado por razones políticas. Creo que más que sorprendernos por la cantidad de migrantes que hay en el mundo, deberíamos sorprendernos porque aún no estemos asistiendo a una verdadera explosión migratoria, a un verdadero éxodo bíblico donde la mitad más pobre del planeta abandone masivamente sus lugares de residencia para emprender un viaje con alguna esperanza.

La globalización, tal como la conocimos, ya no volverá a existir. Viviremos en otro mundo, vienen otras oscuridades. Habrá otras disputas. Las utopías de la igualdad y la diversidad deberán tener la potencia de reinventarse, sin falsas promesas, sin tantas inconsistencias. Interpretar el mundo para transformarlo.

REFERENCIAS

- Appadurai, Arjun (1991). “Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology”, in Richard Fox (Ed.), *Recapturing Anthropology. Working in the Present*. Santa Fe, School of American Research Press, 191–210.
- –: *El rechazo de las minorías*, Barcelona, Tusquets.
- Besserer, Federico (2004). *Topografías Transnacionales: Hacia Una Geografía de la Vida Transnacional*. México–DF, Editorial Plaza y Valdés.
- Bonilla Silva, Eduardo (2009). *Racism without racist*, Rowman & Littlefield.
- Caggiano, Sergio (2017). “Blood ties: migrations, state transnationalism and automatic nationality”, en *Ethnic and Racial Studies*.
- Cerrutti, Marcela (2017). “Desatando nudos: género, familia y migración en la Argentina”, en Faur, E. (ed.), *Varones y mujeres en la Argentina de hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI: 99–115.
- Chakrabarty, Dipesh (2008). *Al margen de Europa*, Tusquets.
- De Genova, Nicholas (2017). “Introduction: The Borders of ‘Europe’ and the European Question”, in De Genova (ed.): *Borders of ‘Europe’*, Durham and London, Duke.
- Domenech, Eduardo (2013). “Las migraciones son como el agua?: hacia la instauración de políticas de ‘control con rostro humano’”, *Polis*, N° 35 [en línea].
- Feldman Bianco, Bela (2009). “Reinventando a localização: globalização heterogenea, da cidade e a incorporação desigual de migrantes transnacionais”, *Horizontes Antropológicos*, 15(31): 19–50.
- Gavazzo, Natalia (2014). “La generación de los hijos: identificaciones y participación de los descendientes de bolivianos y paraguayos em Buenos Aires”, *Rev. Sociedad & Equidad*, N° 6, Enero.
- Glick–Schiller, Nina, *et al* (1992). “Transnationalism: A new analytic framework for understanding migration”, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 645(1): 1–24.
- Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Grimson, Alejandro y Jelin, Elizabeth (comps.) (2006). *Migraciones regionales hacia la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

- Grimson, Alejandro y Soria, Sofía (2017). “Diferencias y desigualdades en las migraciones”, en Grimson, A. y Karasik, G (comp.): *La diversidad sociocultural en la Argentina*, Buenos Aires, Clacso–Pisac: 97–140.
- Guizardi, Menara (Ed.) (2015). *Las fronteras del transnacionalismo. Límites y desbordes de la experiencia migrante en el centro y norte de Chile*. Santiago, OchoLibros, 224–257.
- Guizardi, Menara; Garcés, Alejandro (2013). “Circuitos migrantes. Itinerarios y formación de redes migratorias entre Perú, Bolivia, Chile y Argentina en el norte grande chileno”, en *Papeles de Población*, vol. 19, núm. 78, octubre–diciembre, 2013, pp. 65–110.
- International Organization for Migration (2018). *World Population Report*.
- Levitt, Peggy & Nina Glick–Schiller (2004). “Conceptualizing simultaneity: A transnational social field perspective on society”, *International Migration Review*, 38(3):1002–1039.
- Reyné, Dominique (dir.) (2017). *Où va la Democratie?*, París, Plon.
- Silba, Malvina y Pablo Vila (2017). “Músicas migrantes y la construcción de ‘lo negro’ en la Argentina contemporánea”, *Etnografías Contemporáneas*, Año 3, N° 5, pp. 120–151.
- Silva, Sidney. Da. A migração dos símbolos: diálogo intercultural e processos identitários entre os bolivianos em São Paulo. *São Paulo em Perspectiva*, v. 19, n. 3, jul–set 2005, p. 77–83.
- Stolcke, Verena (1999). “La nueva retórica de la exclusión en Europa.” *International Social Science Journal – ISSJ*, Vol. LI, No. 159. <http://www.unesco.org/issj/rics159/stolckespa.html>
- Vila, Pablo (2004). *Identificaciones de región: etnia y nación en la frontera entre México–EU*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.